

30 AGOSTO 2020
DOMINGO 22-A



1. CONTEXTO.

APRENDER DE JESUS LA ACTITUD ANTE EL SUFRIMIENTO.

Querámoslo o no, el sufrimiento está incrustado en el interior mismo de nuestra experiencia humana, y sería una ingenuidad tratar de soslayarlo. A veces es el dolor físico el que sacude nuestro organismo. Otras, el sufrimiento moral, la muerte del ser querido, la amistad rota, el conflicto, la inseguridad, el miedo o la depresión. El sufrimiento intenso e inesperado que pronto pasará o la situación penosa que se prolonga consumiendo nuestro ser y destruyendo nuestra alegría de vivir.

A lo largo de la historia han sido muy diversas las posturas que el hombre ha adoptado ante el mal. Los estoicos han creído que la postura más humana era enfrentarse al dolor y aguantarlo con dignidad. La escuela de Epicuro propagó una actitud pragmática: huir del sufrimiento disfrutando al máximo mientras se pueda. El budismo, por su parte, intenta arrancar el sufrimiento del corazón humano suprimiendo "el deseo".

Luego, en la vida diaria, cada uno se defiende como puede. Unos se rebelan ante lo inevitable; otros adoptan una postura de resignación; hay quienes se hunden en el pesimismo; alguno, por el contrario, necesita sufrir para sentirse vivo... **¿Y Jesús? ¿Cuál ha sido su actitud ante el sufrimiento?**

Jesús no hace de su sufrimiento el centro en torno al cual han de girar los demás. Al contrario, el suyo es un dolor solidario, abierto a los demás, fecundo. No adopta tampoco una actitud victimista. No vive compade-

ciéndose de sí mismo, sino escuchando los padecimientos de los demás. No se queja de su situación ni se lamenta. Está atento más bien a las quejas y lágrimas de quienes lo rodean.

No se agobia con fantasmas de posibles sufrimientos futuros. Vive cada momento acogiendo y regalando la vida que recibe del Padre. Su sabia consigna dice así: *"No os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos"* (6,34)

Y por encima de todo, confía en el Padre, se pone serenamente en sus manos. E incluso, cuando la angustia le ahoga el corazón, de sus labios solo brota una plegaria: *"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"*

Pocos aspectos del mensaje evangélico han sido tan distorsionados y desfigurados como la llamada de Jesús a «tomar la cruz». De ahí que no pocos cristianos tengan ideas bastante confusas sobre la actitud cristiana a adoptar ante el sufrimiento.

En Jesús no encontramos ese sufrimiento que hay tantas veces en nosotros, generado por nuestro propio pecado o nuestra manera desacertada de vivir. Jesús no ha conocido los sufrimientos que nacen de la envidia, el resentimiento, el vacío interior o el apego egoísta a las cosas y a las personas.

Hay, por tanto, en nuestra vida un sufrimiento que hemos de ir suprimiendo de nosotros precisamente si queremos seguir a Cristo.

Por otra parte, Jesús no ama ni busca arbitrariamente el sufrimiento ni para El ni para los demás, como si el sufrimiento encerrara algo especialmente grato a Dios.

Es una equivocación creer que uno sigue más de cerca a Cristo porque busca sufrir arbitrariamente y sin necesidad alguna. Lo que agrada a Dios no es el sufrimiento, sino la actitud con que una persona asume el sufrimiento en seguimiento fiel a Cristo.

Jesús, además, se compromete con todas sus fuerzas para hacer desaparecer de entre los hombres el sufrimiento. Toda su vida ha sido una lucha constante por arrancar al ser humano de ese sufrimiento que se esconde en la enfermedad, el hambre, la injusticia, los abusos, el pecado, la muerte.

El que quiera seguirle no podrá ignorar a los que sufren. Al contrario, su primera tarea será quitar sufrimiento de la vida de los hombres. Como ha dicho un teólogo, «no hay derecho a ser feliz sin los demás ni contra los demás».

Por último, cuando Jesús se encuentra con el sufrimiento provocado por quienes se oponen a su misión, no lo rehúye, sino que lo asume en una actitud de fidelidad total al Padre y de servicio incondicional a los hombres.

Antes que nada, «tomar la cruz» es seguir fielmente a Cristo y aceptar las consecuencias dolorosas que se seguirán, sin duda, de este seguimiento.

Hay rechazos, padecimientos y daños que el cristiano ha de asumir siempre. Es el sufrimiento que sólo podríamos hacer desaparecer de nuestra vida dejando de seguir a Cristo. Ahí está para cada uno de nosotros la cruz que hemos de llevar detrás de él.

(J.A. PAGOLA. El camino abierto por Jesús.184-187. PPC)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: JEREMÍAS 20, 7-9

Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste y me pudiste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí. Siempre que hablo tengo que gritar: «Violencia», proclamando: «Destrucción.» La palabra del Señor se volvió para mí oprobio y desprecio todo el día. Me dije: «No me acordaré de él, no hablaré más en su nombre»; pero ella era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerlo, y no podía.

La oposición contra Jeremías crece; su tensión interna alcanza su cota más elevada. El sacerdote Pasjur mandó azotar al profeta y meterlo en el calabozo del templo. Ha sido arrojado al pozo lleno de fango se encuentra cansado, agotado, decepcionado y abandonado de Dios por ser portador de su mensaje a un pueblo que no le recibe.

Jeremías, reflexionando sobre su entrega total a Dios y el abandono en que Dios le ha dejado, hace una confesión desgarradora y toma una decisión radical: **renunciar** a la misión para la que el Señor le llamó; **ahogar** la Palabra de Dios que le trae tales consecuencias; **no hablar** más en nombre de Dios.

Pero la **Palabra de Dios es como un fuego** que le quemará los huesos si se la guarda para él y no la proclama en voz alta.

En su reflexión también confiesa que experimentó la presencia del Señor como un héroe poderoso que le defenderá de sus adversarios y sufrirán una vergonzosa derrota. Las tres partes de esta confesión marcan la cumbre del **desgarramiento psicológico** en que se encuentra el profeta.

La intimidad de Jeremías queda al descubierto. Con la imagen más atrevida que encontramos en toda la Biblia **acusa a Dios de haberle engañado**, de haberle seducido sin que él pudiera hacer nada en contra: como se engaña y seduce a una joven virgen para luego dejarla tirada en la cuneta. "*Me sedujiste, me forzaste, me violaste*". Incomprensible, Y, sin embargo, real.

Se le prometió estar con él. Se le envió a construir y destruir. Hasta el presente sólo había hablado de destrucción convirtiéndose en el hazmerreír de todos, al no cumplirse sus palabras. **¿Dónde estaba el construir que se le prometió?** Está decepcionado, engañado. Su único grito fatídico es siempre "**violencia... opresión**". Lo que parecía una vocación de amor se ha convertido en una dictadura, en una imposición.

Son los sentimientos humanos de un gran profeta, que tiene que predicar lo que no le gusta, de ser por ello objeto de burla y de no poder dejar de hablar.

(NOTA: Me he extendido en el comentario y luego en las preguntas de este joven profeta de 19 años al que admiro tanto y que os recomiendo leáis)

SALMO RESPONSORIAL: SAL 62

R. Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío.

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua. R.

¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios. R.

Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote. Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos. R.

Porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo; mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene. R.

2ª LECTURA: ROMANOS 12, 1-2

Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable.

Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

Los hombres siempre han ofrecido sacrificios diversos a los dioses que han adorado. Pablo dice hoy a los cristianos de Roma y también a nosotros que el culto que debemos ofrecer a Dios somos nosotros mismos: en alma y cuerpo.

A Dios hemos de ofrecer un "culto verdadero", es decir, un culto que compromete al hombre entero.

Por eso no puede quedarse en un culto externo y formalista, aunque tampoco se puede excluir la manifestación externa del culto a Dios

La nueva vida en Cristo pide un cambio de corazones, una profunda renovación interior en la búsqueda de la voluntad de Dios que con frecuencia esta escondida en los quicios de nuestra vida diaria y que hay que descubrirla a base de esfuerzo inteligente, gratuito y fiel.

El cristianismo no es, sobre todo, una enseñanza de conductas determinadas, sino una actitud religiosa global de cara a Dios y a uno mismo, que tiene consecuencias en una vida coherente con esta actitud.

También invita a mantener una distancia crítica con respecto al mundo. Nuestra vida ha de ser "limpia y ejemplar", ajustándonos a lo que agrada a Dios. La "voluntad de Dios" coincide con lo que es bueno, agradable, perfecto. Así, la vida cotidiana nuestra, será un verdadero acto de culto al Señor: interior y exterior.

EVANGELIO: MATEO 16,21-27.

16,21 En aquel tiempo empezó Jesús explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día.

El reconocimiento de Jesús como Mesías e Hijo de Dios y la convocación de la Iglesia en torno a Pedro, -como vimos en el evangelio del domingo pasado-, crean el ámbito para que Jesús comience a manifestar a sus discípulos con claridad que **su camino hacia la resurrección pasa por el sufrimiento y la muerte**. Es el primer anuncio de la pasión.

Tenía que sufrir en **Jerusalén**, porque el centro está siempre amenazado por los márgenes. Su sufrimiento es una consecuencia inevitable de ese **choque con la élite política, socioeconómica y religiosa**.

Dios lo resucitará para mostrar que mientras la élite política y religiosa hace de la muerte su actividad, la soberanía de Dios potencia la vida sobre la muerte. Dios pondrá a Jesús en el lugar que le corresponde.

22-23 Pedro se lo llevó a parte y se puso a increparlo: "¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte" Jesús se volvió y dijo a Pedro: "Quítate de mi vista Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios".

La reacción de Pedro muestra que su comprensión del misterio de Jesús es aún imperfecta. Es cierto que Dios le ha concedido una revelación especial, pero todavía **ve en Jesús a un Mesías glorioso**, según las expectativas de su tiempo.

Llevándose aparte a Jesús, lo increpa. Jesús no se queda corto y utiliza la expresión de rechazo que usaba con los demonios (17,18). **Pedro se opone al plan de Dios**. Sus palabras se parecen a la tercera tentación del desierto (4,10). Pedro lo tienta a ser un Mesías poderoso y vencedor.

La respuesta llega con una dureza inesperada, que contrasta con la "buena intención" del discípulo: **Pedro era "Roca"; ahora es "piedra de tropiezo"**, emisario de Satanás. Ha dejado de estar bajo la acción reveladora del Padre.

La respuesta de Jesús a Pedro no es el rechazo, como interpretan muchos al traducir: apártate de mí, sino una invitación. Jesús le repite las palabras que le dirigió cuando le llamó para ser discípulo suyo (Mt 4,18-22). Literalmente: "Ponte detrás de mí". Pedro ha tenido la osadía de ponerse frente a Jesús para obstaculizar su camino, porque la cruz le resulta escandalosa, y Jesús quiere hacerle ver que **el lugar del discípulo no está frente a él, sino detrás de él**, camino de la cruz.

24 Entonces dijo Jesús a sus discípulos: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga

El **venirse conmigo** indica el acto de adhesión inicial que luego continuará en el seguimiento. Situarlo al lado de Jesús, visto con realismo, puede comportar, *con* Jesús, injurias, menosprecios, pobreza, contrariedades. El combate por el Reino implica el riesgo de la vida.

Renegar de sí mismo significa renunciar a toda ambición personal descentrada y desmedida. Nos recuerda la primera bienaventuranza: los que eligen ser pobres. Es colocar en un segundo plano los propios intereses egoístas, es renunciar al éxito y al triunfo como lo entiende el mundo (el sistema) este. Renunciar al tener cada día más, de forma desmesurada, dejando de lado el compartir, la vida austera y sencilla, y todo porque se ha elegido a Dios como único señor y rey.

Cargar con la propia cruz significa aceptar ser perseguido y aun condenado a muerte por la sociedad establecida por ser fieles a un estilo de vida. Equivale a la última bienaventuranza: **los que viven perseguidos por su fidelidad**. Y no es resignación ante tanto sufrimiento que nos trae el vivir diario. La cruz que hay que coger es la que llevó Jesús que fue una consecuencia de su estilo de vida. El no se calló ante la injusticia, no se resignó ante el dolor humano. Por eso lo mataron: por lo que habló, por lo que desenmascaró, por lo que sirvió y a quienes sirvió.

Jesús no nos invita a sufrir sino **a amar con un estilo y un talante que trae consecuencias**. Incluso dentro de nuestra propia familia y comunidad, y no digamos del sistema social que tenemos.

25-28. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará. ¿De que le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada cual según su conducta".

El ejemplo del Maestro define las condiciones para ser discípulo. Repite las enseñanzas de otra manera sobre el valor y el sentido de la vida.

Para poner a buen seguro la vida hay que perderla en el servicio, **pues solo queda lo que damos**. Lo que a ojos de muchos parece que se pierde en el seguimiento a Jesús, es encontrarla en plenitud. Porque no hay precio humano para asegurarla. Y ganar el mundo entero no sirve de nada si perdemos la vida.

La verdadera realeza del Hijo del hombre se muestra claramente en el trono de la cruz. Ser rey no es dominar y oprimir, sino servir hasta la muerte, si es preciso, único camino para dar y engendrar vida.

3. PREGUNTAS...

1. DEJARSE SEDUCIR

A Jeremías se le encomienda la dura tarea de **anunciar la caída de Jerusalén y de Judá**. El pueblo vivía al borde del precipicio: se ha apartado de Dios ofreciendo incienso a dioses extraños, han derramado sangre inocente, han construido santuarios al falso Baal y le han ofrecido sacrificios humanos que jamás Dios consintió. Por eso tiene que **anunciarle la destrucción y la muerte** a causa de su mal proceder para con el Señor. No le hicieron caso, incluso le despreciaron, marginaron, amenazaron y acusaron de traidor. Pero su palabra se cumplió y el **pueblo fue desterrado a Babilonia**.

Jeremías, tímido y sensible, deseando la paz y anunciando la guerra. **Viviendo en su piel el drama de su pueblo**. Experimentado constantemente su debilidad y pobreza. En sus **Confesiones** aflora el duro combate interior entre la crisis que conmueve los fundamentos de la fe y la certeza de la vocación que le ha llevado a ser perseguido. Pero **la Palabra que le llama está ahí**, seductora e incisiva, como fuego devorador.

Cuando la Palabra entra por derecho en nuestro corazón, todo abierto y sin condiciones, porque se escucha **muy adentro, seduce, cautiva, trastoca toda una vida**. La vida nos cambia totalmente y las perspectivas se modifican de raíz. Y hacemos la experiencia de que es Dios quien nos amó primero, y que todo es un misterio.

- *¿Tengo el corazón abierto y sin condiciones?*
- *¿Me seduce la Palabra, la comparto con los hermanos?*

2. SEGUIMIENTO. PEDRO NOS ENSEÑA

El que quiera seguirme que se niegue a si mismo. Hemos entendido mal esta frase. Negarse a si mismo es una expresión oriental que significa "vivir de cara a los demás, vivir para los otros, **no ser egoísta**". Es colocar en un segundo plano los propios intereses, renunciar al éxito y al triunfo tal y como se entiende en nuestro mundo. **Es en definitiva vivir las bienaventuranzas**. Y la hemos interpretado en clave de refrenar, reprimir, moderar el cuerpo en sus bajos instintos, ocasión de pecado, casi siempre contra el sexto mandamiento. El cuerpo ha tenido en la moral católica de siglos una coloración negativa y pecaminosa.

Pedro, es un seguidor privilegiado. Durante estos domingos hemos visto muchas facetas de su persona. Pedro es todavía un discípulo imperfecto. Ha tenido la osadía de ponerse frente a Jesús para obstaculizar su camino, porque **la cruz le resultaba escandalosa**. Igual que nos pasa a nosotros. Igual que les pasaba a los primeros cristianos de Corinto (1 Cor 1,22-23). Pero Jesús le dice, nos dice: **ponte detrás de mí**, es decir vuelve a ocupar tu puesto de discípulo, sigue y camina por la senda que mis pasos van marcando.

Tenemos que aprender de Pedro: su prontitud en el seguimiento, su profesión de fe, su metedura de pata. A imitación de Jesús, se despojó de su rango y procuró *"presentarse como un hombre cualquiera"* (Fil 2,7). Y, cuando alguien se quiso postrar ante él, se lo impidió: *"levántate, también yo soy un hombre"* (Hch 10,26).

Igualmente tenemos que aprender de **nuestro Pedro de hoy, el Papa Francisco:** de su actitud humilde, de su acogida a los enfermos, refugiados, encarcelados, etc. Seguirle en sus deseos y convicciones: *"cómo me gustaría una Iglesia pobre para los pobres"*. "La enfermedad de este mundo, la 'cardiosclerosis', que "está en la base de esta cultura del descarte". "El diablo siempre entra por los bolsillos, siempre. Es su puerta de entrada. El dinero es el primer escalón para corromper el alma".

Hace poco en la misa diaria nos decía: "**Los cristianos somos personas de primavera**, y no de otoño. De esperanza, no de tristeza, de mirar hacia abajo, de pepino avinagrado". "La esperanza cristiana se basa en la fe en un Dios que siempre genera novedades en la vida del hombre, en la historia, en el cosmos". Un Dios que nos pide evitar caminar sin esperanza, "sin alzar los ojos al horizonte, como si todo nuestro camino se acabara ahí, en el palmo de pocos metros de viaje, como si nuestra vida no tuviera una meta, sino un eterno vagar.... Esto no es cristiano".

- *¿Camino con humildad detrás de Jesús o más bien sigo por libre, sin norte y sin destino?*

3. CARGAR CON LA CRUZ.

Es la última bienaventuranza: los perseguidos a causa de la fidelidad al evangelio. Por lo tanto la cruz no es una resignación ante los sufrimientos que nos pueda traer nuestro vivir cotidiano. **La cruz es la de Jesús:** y él no se calló ante la injusticia, ni se resignó ante el dolor humano, ni fue neutral ante los ricos. No. **Y por eso lo mataron:** por lo que habló, por su lucha constante en favor de los pobres, los enfermos, los marginados... y de todos los que quisieron aceptar su servicio. Toda su vida ha sido una lucha constante por arrancar al ser humano de ese sufrimiento que se esconde en la enfermedad, el hambre, la injusticia, los abusos, el pecado, la muerte.

Cargar la cruz como Jesús la cargó significa **solidarizarse** con aquellos que son crucificados en este mundo: los que sufren violencia, los que son empobrecidos, deshumanizados, ofendidos en sus derechos. Defenderlos, asumir la causa de su liberación, **sufrir por todo esto es cargar la cruz**.

Jesús no nos invita a sufrir sino a amar. Pero vivir así es vivir ya una vida nueva que la cruz no puede apagar.

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>